

Renato Cisneros

Historia mínima

En tu vientre se escucha
una profunda caída de hojas.

La eternidad cabe en copas vacías
y no estamos aquí para saberlo.

Esta noche me iluminan el silencio de las lámparas
y el seco resplandor de alguna mariposa que se aleja.

Esta noche me persigue un lento fantasma
cuyos labios revocan una oscura canción.

Nada tengo. Sólo el gastado miedo de mis ojos
y esa terraza invisible que es el sueño.

Cubierto está el olvido
por las hojas azules que despeña tu vientre.

Y Nadie ha llegado para hablarme
de las infinitas cosas que no suceden más.

Noche de setiembre

Una espina crece en todos los parajes de tu ausencia
y mi orgullo es un silencioso puñado de hierba.

Inútil remover pasajes de una historia que fallece,
inútil avivar un fuego entumecido por la negra resaca del mar.

Abandonas mi espejo de bronce en las noches de setiembre
Contra todo el temor que anuncia la locura
y contra las corrientes de un aire que ya no volverá.

¿Qué decirle ahora a los vecinos que amenazan matarme si no
vuelves?

Y me apuntan desde sus azoteas y maldicen mi pequeña
condición.

Crepitantes violines cuelgan de la penumbra
Y un trino pinta de rojo el celeste y rasgado cielo de mis
habitaciones.

No lloramos la hebra que se pierde
sino la cabellera que se rompe.

¿Qué gritarle a los muros invertidos donde alguna vez te amé?
Si ahora camino desvencijado y con un fierro para
defenderme.

En setiembre abandonas el humo que horada mi espejo
Y me dejas vagando
en esta oscura época de hambres y de muertes.

Alegoría de ninguna tarde

Nuevamente me ocupo de mis cosas:
oficios sin ningún valor, sin ningún futuro.

Y vuelvo a ser el mismo (si es que alguna vez lo fui)
mientras paseas tu amable sonrisa
entre todos los vientos estirados y 300 demonios.

Ordeno mis gavetas, descuelgo tu retrato de mi boca
y visito los fatigados templos
donde solía beber hasta altas horas de la noche.

Sin afeitarme, predico entre delgadas muchachas
y a veces camino también sobre las aguas.

Nada he recuperado porque nada perdí.
Pero tumbado como estoy
no puedo calcular cuánto me duele
el vacío mar que golpea cerca de tus ojos.

Entre los últimos trinos y los árboles amarillos
vuelvo a entusiasmarme con mis absurdas cosas.

Y a lo mejor estas palabras se alojan en mi costado
igual que la aurora
en tu antigua ventana de polvo.

Vuelvo a ser el mismo (si es que alguna vez lo fui)
mientras abandonas tu dorado plumaje
en la sombra triste y ahogada de unos muros.

La hora de las certezas

Veo un cuerpo que se marcha a los galpones
huyendo de las mansas higueras.

Un remoto cuerpo, untado por las preguntas
de una noche fugitiva.

Veo islas de hierro
donde vegeta un corazón que se despluma.

Un deleznable corazón, que alguien ofrece
al pie de una ventana coja.

Así, con el asombro que procura la ignorancia,
han llegado las últimas visiones del día

para herirme y confirmar

que es tuyo el cuerpo que se marcha
mío, el corazón que se despluma.

Palabras para un lejano crepúsculo

Miro desde lejos un crepúsculo
igual que los hombres que contemplan a una joven poseída
por la noche
y luego se abandonan a los brazos de un dulce licor.

Miro desde lejos un crepúsculo
y es como mirar una anónima ciudad
amenazada por estrellas y palomas húmedas.

Los desfiladeros han develado mi verdadero rostro,
mi cabello traslúcido, mi lengua de fierro.

Por eso me enloquece su callada música,
porque en ella puedo conocer mis intestinos
duros y sin vida como empolvados animales de yeso.

Un lento sol se descuelga de mis hombros para mojar mi vientre.

Y su fuego mata la duda para lavar el hambre que me asalta
En largos e intrincados pasadizos.

Por eso estas canciones saben a limpieza cuando no saben a
abandono,
por eso estas canciones se ahogan en la libertad que arrastran
las palabras

Y estas palabras se disuelven como el lejano crepúsculo
que ahora miro y no alcanzo a nombrar

Resumen de mi penúltima vigilia

Algunas veces
encuentro un puñado de arena en mi pulmón.

*Y la historia se repite como una vieja pesadilla
donde se amontona la lluvia amable de los muertos.*

Algunas veces busco entre los desperdicios
el oxidado hueso que me falta.

*Y cuando eso sucede
pienso que volver es acaso peor que haber partido.*

Algunas veces me río inoportunamente del futuro
y la neblina de los años deja de florecer bajo mi almohada.

*Sólo entonces toco mis pupilas y compruebo
que mi sueño está desnudo
cómo el joven cuerpo
que arrojó todas las noches al vacío.*

Palabras para un cuadro nocturno

Esta noche en los desfiladeros ha sido la más larga.

No encontré un buen lugar para dormir
o al menos para desenvolver mis piernas sin frío ni temor.

En los bolsillos de mi camisa oculto flores de barro
y sobre mi blando corazón la luna inventa una mirada.

Me ha perturbado la voz de los amigos que no tengo
y la amargura se tiende a mi lado como una muchacha
vejada por el recuerdo de canciones de cuna y baladas de
amor.

Esta noche los perros brillan al fondo del mar
cerca de viejos navegantes que perecieron en mitad de una
antigua tormenta.
Desde aquí puedo escucharlos,
ladrando entre peces de colores y ciudades hundidas.

Camino con la velocidad de la melancolía que sube y baja por
mi cuerpo.
Y no es una cabellera la que me ata a este vacío
sino la inquieta mano que afila mis preguntas cuando todos
duermen.

Yo no he podido dormir.

Pero la noche más larga es también la más propicia
para ordenar los cuerpos que envejecen en la memoria
y pulir la antigua casa
que nunca terminaremos de habitar.

Breve canción para estos días

No seré yo quien atraviere holgadas cumbres
para desenterrar una cabeza embellecida por el tiempo.

Serán tus pesados ojos los que vuelvan otra vez
a desnudarme bajo el cielo morado.

*La palabra nos advierte sobre aquello
que vanidosamente cubrimos con presagios.
La palabra, también como la lluvia,
nos devuelve a la jaula
de la que alguna noche creímos escapar.*

Pero no puedo hablar de la palabra.

Sólo escarbo sin piedad los muros de mi casa,
sólo me arrimo a la sombra equivocada de un portal
donde gatos y mendigos ensayan una canción adolorida.

A lo lejos tu mirada se despunta.
Y el vuelo parpadeante de una mariposa
remoja tus pies envenenados.

*La palabra se escribe sola, arruina los secretos
y llega para revelarnos una antigua dicha o un furtivo dolor.*

No seré yo quien libere la cerradura. Quien revuelva el ciclo
de las aguas. Quien perturbe el inaudito sueño de la tarde.

Serán tus ojos.

Los mismos que una vez adivinaron
el surco diminuto hacia mi devastado corazón.